

su renta, el dueño de las tierras les había desposeído, y como era el único refugio de que tenían noticia, habían ido al barril. En Irlanda, por malo que esté aquello, el delegado de policía les hubiera ofrecido al menos el amparo de un asilo.

Estos hombres y mujeres irlandeses que están desembarcando en nuestros muelles con dos ó tres duros en el bolsillo, ¿encuentran el acceso á la naturaleza más libre aquí que allí? Hacia el Oeste, si saben encaminarse y pueden sostenerse, tendrán ese acceso fácil por algún tiempo todavía; pero aunque vean aún alrededor de New-York gran abundancia de terreno inculto, verán que todo pertenece á alguien. Trabajen en lo que quieran, aquí como allí, deben dar algo de sus ganancias por el privilegio de trabajar, y pagar á alguna otra criatura humana por el privilegio de vivir. En general, su suerte será mejor aquí que allí, porque éste es todavía un país nuevo, y hace un siglo nuestras colonias sólo ribeteaban la costa oriental de un vasto continente. Pero desde el Atlántico hasta el Pacífico, ya tenemos nuestra basura humana, cuyo calibre vendrá á aumentar algo de esta morralla volandera. Dondequiera que vayáis por el campo, se conoce la mendicidad; y en esta ciudad metropolitana hay ya, según ha afirmado la Organización de la Caridad, una cuarta parte de un millón de personas que viven de las limosnas. ¿Cómo nos hemos de arreglar, dentro de algunos años, para encontrar un sitio donde descargar la basura? ¿Concederemos, al vernos rodeados de dificultades, á este desecho humano, el derecho de sufragio?

CAPITULO XII

EXCESO DE PRODUCCIÓN

Desde cualquier punto de vista que se mire, es indudable que, como declaró la Asamblea Francesa, las desgracias públicas y las corrupciones del gobierno derivan de la ignorancia, la negligencia ó el desprecio de los derechos humanos.

Considerad este asunto del «exceso de producción» de que tanto oímos hablar, y al cual se atribuye tan comúnmente la decadencia del comercio y la dificultad de encontrar empleo. ¿Qué más absurdo, cuando se piensa bien en ello, que hablar de exceso de producción en un sentido general? ¡Exceso de producción de la riqueza, cuando hay por todas partes una lucha apasionada por más riqueza; cuando tantos deben deshonorarse, esforzarse é imaginar para ganar la vida; cuando hay actualmente pobreza y necesidad entre clases numerosas! Indudablemente, no puede haber exceso de producción, en un sentido general y absoluto, hasta que estén satisfechos todos los deseos de riqueza, hasta que nadie quiera más riqueza.

Puede existir, como es natural, exceso de producción relativo. La producción de ciertas comodidades puede ser tan excesiva en proporción con la producción de otras, que toda la cantidad producida no pue-

da cambiarse por esas otras comodidades en bastante abundancia para dar las ganancias usuales al trabajo y al capital comprometido en llevarlos al mercado. Pero este relativo exceso de producción es solamente proporción desproporcionada. Puede proceder de haberse aumentado la producción de cosas de una clase, ó de haber disminuido la producción de cosas de otras clases.

Así, lo que llamaríamos un exceso de producción de relojes—dando á entender, no que se habían producido más relojes de los que se necesitaban, sino que se habían producido más de los que se hubieran vendido á un precio remunerativo—sería puramente relativo. Nacería de un aumento en la producción de relojes que destruiría la posibilidad de comprar relojes. No importa que aumentase la producción de relojes, dentro de los límites de la producción de relojes, si al mismo tiempo la producción de otras cosas aumentaba lo suficiente para permitir que aumentasen en proporción otras cosas que se habían de dar por el aumento de los relojes. Y no importa que la producción de relojes disminuyese; habría relativo exceso de producción, si al mismo tiempo la producción de otras cosas menguase en tal proporción que disminuyera en mayor grado la posibilidad de dar otras cosas por relojes.

En resumen, continuando el deseo, el exceso de producción de comodidades particulares sólo puede ser relativo á la producción de otras comodidades, y puede resultar del aumento indebido de producción en algunas ramas de la industria ó del decaimiento de la producción en otras ramas. Pero mientras los fenómenos de exceso de producción pueden derivar de causas que obran directamente para disminuir la pro-

ducción, así como el equilibrio de un par de balanzas puede destruirse añadiendo ó quitando un peso, hay ciertos síntomas por los cuales podemos determinar cuáles son estos dos géneros de causas. Porque mientras en una extensión limitada, en un campo limitado estas diversas causas pueden producir efectos semejantes, sus efectos generales serán completamente distintos. El aumento de la producción en cualquier rama de la industria tiende al aumento general de la producción; el descenso de la producción en cualquier rama de la industria tiende al descenso general de la producción.

Esto puede apreciarse por los distintos efectos generales que siguen al aumento ó disminución de la producción en la misma rama de la industria. Supongamos que desde el descubrimiento de nuevas minas, la perfección de la maquinaria, la destrucción de las combinaciones que la rigen, ó cualquier otra causa, hay un grande y rápido aumento en la producción de carbón de piedra, en proporción al aumento de otra producción. Por eso disminuye en un mercado libre el precio del carbón de piedra. El efecto es facilitar á todos los consumidores el aumentar algo su consumo de carbón de piedra y de otras cosas, y estimular la producción, reduciendo el coste, en todas esas ramas de la industria en que entra directa ó indirectamente el uso del carbón de piedra. Así, el efecto general es aumentar la producción y engendrar una tendencia á restablecer el equilibrio entre la producción de carbón de piedra y la producción de otras cosas, alzando la producción agregada.

Pero que los poseedores y compañías del comercio de carbón, como frecuentemente sucede, determinen detener ó reducir la producción del carbón de piedra

para subir los precios. Un gran número de hombres empleados en producir carbón encuentran destruida ó disminuida su facultad de comprar. Su demanda de comodidades que habitualmente emplean desaparecen con esto; la demanda y la producción en otras ramas de la industria se debilitan, y otros consumidores, en cambio, se ven obligados á disminuir su demanda. Al mismo tiempo el encarecimiento en el precio del carbón de piedra tiende á aumentar el coste de la producción en todas las ramas de la industria en que se emplea el carbón de piedra, y á disminuir la suma de carbón y de otras cosas que los consumidores de carbón pueden necesitar. Así, el descenso de la producción se perpetúa por todas las ramas de la industria, y cuando el restablecimiento del equilibrio entre la producción del carbón de piedra y la producción de otras cosas se efectúa, es en una escala disminuida de producción agregada.

Todo comercio, ha de recordarse, es el cambio de comodidades por comodidades—pues la moneda es únicamente la medida de los valores y el instrumento para efectuar cambios conveniente y económicamente.—La demanda (que es una cosa distinta del deseo, como que implica facultad de comprar) es la petición de cosa á cambio de un valor equivalente de otras cosas. El surtido es el ofrecimiento de cosas á cambio de un valor equivalente de otras cosas. Estos términos son, por consiguiente, relativos; la demanda implica el surtido, y el surtido implica la demanda. Cuanto aumente la cantidad de cosas ofrecidas á cambio de otras cosas, aumenta el surtido y la demanda. Y, á la inversa, cuanto menor sea la conducción de cosas al mercado reduce el surtido y aumenta la demanda.

Así, mientras que el mismo efecto primordial sobre

el relativo surtido y demanda de cualquier comodidad particular ó grupo de comodidades puede causarse por aumento del surtido de esas comodidades ó por reducción en el surtido de otras; en un caso, el efecto general será estimular el comercio, produciendo mayores surtidos de otras comodidades y aumentando la demanda agregada, y en otro caso, deprimir el comercio, debilitando la demanda agregada y disminuyendo el surtido. La igualación del surtido y de la demanda entre las producciones agrícolas y los bienes manufactureros, se alteraría así en la misma dirección y el mismo grado, por tan prósperas temporadas ó adelantos en agricultura, que redujesen el precio de las producciones agrícolas comparadas con productos manufactureros, ó por restricciones sobre la producción ó cambio de productos manufactureros que elevasen su precio comparado con las producciones agrícolas. Pero en un caso, el producto agregado de la comunidad aumentaría. No sólo habría un aumento de productos agrícolas, sino que la demanda aumentada así producida, estimularía la producción de productos manufactureros; mientras que esta prosperidad en las industrias manufactureras, poniendo á los dedicados á ellas en condiciones de aumentar su demanda de producciones agrícolas, reaccionaría sobre la agricultura. En otro caso, el producto agregado disminuiría. El aumento en el precio de productos manufactureros obligaría á los agricultores á reducir sus demandas, y esto reduciría la posibilidad de que los dedicados á la manufactura puedan exigir los productos del arriendo. Así, el comercio decaería y la producción disminuiría en todas direcciones. Que esto es así, podemos verlo por los distintos efectos generales que resultan de las buenas cosechas y de las reducidas cosechas, aunque para un

agricultor individual los precios elevados pueden compensar una cosecha reducida.

Para recapitular: el exceso de producción puede proceder de causas que aumentan ó de causas que disminuyen la producción. Pero el aumento de producción en una rama de la industria tiende al aumento de producción en todas; tiende á estimular el comercio y á aumentar la prosperidad general; y cualquier des-arreglo del equilibrio así causado, debe recomponerse fácilmente. Por otra parte, el descenso de producción en cualquier rama de la industria, tiende á disminuir la producción en todas, á deprimir el comercio y debilitar la prosperidad general, y la depresión así producida tiende á perpetuarse, en una rama de la industria después de otra; el descenso de la producción reduce la posibilidad de demanda para los productos de otras ramas de la industria.

Todo el que considere los extendidos fenómenos que por lo común se atribuyen á exceso de producción, no puede dudar de cuál de estas dos clases de causas derivan. Verá que no son síntomas del exceso de producción, sino de la restricción y estrangulación de la producción. Hay entre nosotros muchas restricciones de producción directas é indirectas, porque debe recordarse que la producción implica el transporte y el cambio tanto como la elaboración de las cosas. Y las restricciones impuestas al comercio ó á cualquiera de sus instrumentos, pueden disminuir la producción tan plenamente como las restricciones impuestas á la agricultura ó á las fábricas. La tarifa que conservamos con el fin determinado de obstruir nuestro comercio extranjero y restringir el librecambio de nuestras propias producciones por las producciones de otros países, es, en efecto, una restricción sobre la pro-

ducción. Los monopolios que hemos creado ó permitido desarrollarse, y que imponen su portazgo sobre el comercio interno, ó disminuyen por conspiración y combinación el surtido y encarecen artificialmente los precios, restringen la producción del mismo modo; mientras que las contribuciones impuestas sobre ciertas manufacturas por nuestro sistema interno de rentas restringen directamente la producción (1).

(1) No se trata aquí de si pueden defenderse, por otras razones, los impuestos sobre licores y tabaco. Es digno de citarse lo que Adam Smith dice sobre este punto: «Enseña la experiencia, que la baratura del vino parece ser una causa, no de embriaguez, sino de sobriedad. Los habitantes de los países ricos en vino son, por lo general, los pueblos más sobrios de Europa; ejemplo, los españoles, los italianos y los habitantes de las provincias meridionales de Francia. Rara vez son los hombres culpables de excesos en lo que es su alimento diario. Nadie finge liberalidad y compañerismo por ser pródigo en un licor tan barato como la cerveza floja. Por el contrario, en los países que, ó por frío excesivo ó por excesivo calor, no producen uva, y donde el vino es, en consecuencia, caro, como cosa rara, la embriaguez es un vicio común, como entre las naciones septentrionales, y todos los que viven junto á los trópicos: los negros, por ejemplo, en la costa de Guinea. Cuando un regimiento francés llega de las provincias septentrionales de Francia, donde el vino es algo caro, al acuartelarse en las meridionales, donde está muy barato, los soldados (lo he observado) se entregan primero al libertinaje por la baratura y novedad del buen vino; pero después de algunos meses de estancia, la mayor parte de ellos se hacen tan sobrios como el resto de los habitantes. Si los impuestos sobre vinos extranjeros y los aforos sobre la cebada para hacer cerveza, la cerveza floja y la cerveza fuerte, se hiciesen desaparecer de una vez, daríase ocasión, de la misma manera, en la Gran Bretaña, á una embriaguez general y temporal entre las clases medias é inferiores del pueblo, que probablemente sería seguida por una sobriedad permanente y casi universal. Actualmente, la embriaguez no es, en manera alguna, el vicio de las personas distinguidas ó de las que fácilmente pueden proporcionarse licores más costosos. Apenas se ha visto nunca entre nosotros un caballero ebrio. Además, las restricciones sobre el comercio de vinos en

Así también, mengua la producción por las contribuciones directas, impuestas por nuestros Estados, provincias y municipalidades, que en conjunto exceden á la contribución del gobierno federal. Estas contribuciones se imponen, generalmente, sobre toda la propiedad, real y personal, al mismo precio, y recaen en parte sobre la tierra, que no es el resultado de la producción, y en parte sobre cosas que son el resultado de la producción; pero de manera que con eso no sólo se pone contribución á las obras y mejoras, sino que también la tierra labrada y mejorada es tasada á un precio mucho mayor y, generalmente, á uno mucho mayor que el de la tierra inculta de la misma calidad (1) y hasta la contribución que se impone sobre el valor de la tierra obra en gran manera como un perjuicio para la producción.

Producir, mejorar, es de este modo castigado con una pena. En realidad, tratamos al hombre que produce ó acumula riqueza como si hubiera hecho algo que la política pública nos induce á perjudicar. Si se edifica una casa ó se construye un buque de vapor ó una fábrica, llega luego el recaudador de contribuciones á multar á los hombres que han hecho esas cosas. Si un labrador ocupa un terreno vacante, que no agrega nada á la riqueza de la comunidad, lo reclama, lo cultiva, lo cubre de semillas, ó lo puebla de gana-

la Gran Bretaña no tanto parecen calculadas para impedir que la gente vaya, si así puedo decir, á la taberna, como de que vaya donde pueda comprar el licor mejor y más barato.» *Wealth of Nations*, IV, III.

(1) Esto deriva de la noción muy extendida, pero completamente falsa, de que la propiedad sólo debe pagar impuestos en proporción á la renta que da. En la Gran Bretaña, esto se lleva tan al colmo del absurdo, que las tierras incultas no pagan impuestos, por mucho valor que tengan.

do, no sólo le hacemos pagar por haber aumentado así la riqueza, sino que, como un castigo por hacer esas cosas, le imponemos una contribución que excede al valor de su tierra, cosa que no hacemos al que tiene inculto ese terreno. Así también, si un hombre ahorra, nuestros impuestos tratan de castigarle por su economía. De este modo la producción disminuye en todas direcciones.

Mas no es esto todo. Hay entre nosotros un freno mayor para la producción. Si hay en este universo inteligencias superiores dedicadas, con grandes facultades, al estudio de sus infinitas maravillas, que algunas veces examinan el terreno que arrendamos con tan estudiosa curiosidad como nuestros microscopistas examinan los habitantes de una gota de agua, la manera de distribuir la población en un país como éste debe aturrullarlos grandemente. En nuestras ciudades encuentran personas tan estrechamente apiñadas, que viven una sobre otra en hilera; en el campo ven personas tan vastamente separadas, que pierden todas las ventajas de la vecindad. Ven edificarse casas en los arrabales de nuestras poblaciones, mientras muchos terrenos más á propósito quedan vacíos. Ven hombres que andan grandes distancias para cultivar la tierra, mientras hay abundancia de tierra sin cultivar en las localidades de que vienen y por que pasan. Y como estas elevadas inteligencias siguen este proceso de colonización en todas las clases de microscopios que pueden proporcionarse para observar, deben notar que en su mayoría estos colonos, en vez de juntarse unos con otros, dejan entre cada uno extensiones de tierra sin cultivar. Si hay en el universo sociedades que tienen la misma relación con nosotros que nuestras civilizadas sociedades tienen con las hormi-

gas y los microbios, estos fenómenos deben dar origen á un sin fin de curiosas teorías.

Dirigid imaginariamente á la ciudad de New-York una vista de pájaro como la que se obtendría desde un globo. Las casas trepan hacia los cielos; ocho, diez, hasta quince pisos, hileras sobre hileras de gente, unas familias viven sobre otras, sin agua suficiente, sin suficiente luz, sin patio de recreo ni espacio para respirar. Tan estrecha es la casa, que las calles parecen angostas hendeduras de ladrillo y mortero, y de calle á calle las sólidas manzanas de casas casi tropiezan; en los distritos nuevos sólo en un espacio de veinte pies, hay una simple grieta entre las paredes, á través de la cual á duras penas se desliza por la tarde un rayo de sol: esta grieta se dejó para separar las paredes de las casas que dan á una calle, de las paredes que dan á otra. Sin embargo, alrededor de esta ciudad y dentro del fácil acceso de su centro, hay abundancia de terreno sin cultivar; dentro de los límites de la ciudad, no se ha edificado en la mitad del terreno; y muchas manzanas de altas casas están rodeadas de terrenos sin ocupar. Si el adelanto de nuestros telescopios pudiese mostrarnos en otro planeta lagos donde el agua, en vez de presentar una superficie lisa, rizada sólo por el viento, se alzase aquí y allá en enormes columnas, difícilmente nos dejaría más perplejos de lo que estos fenómenos deben dejar á las inteligencias extra-mundanas que he supuesto. ¿Cómo es, podemos reflexionar, que la presión de población que apila á las familias, hilera sobre hilera, una sobre otra, y alza tan grandes y prominentes almacenes, no cubre de edificios este terreno desocupado? Alguna causa restringente debe haber; pero decir cuál, sería ponernos en un apuro.

Un isleño del Mar del Sur—uno de los antiguos paganos, á quienes al civilizar casi hemos exterminado—haría una conjetura. Si uno de sus altos jefes señala un sitio ó un objeto, ninguno de estos supersticiosos salvajes se atrevería á emplearlo ó á tocar en él. Debe recorrer millas enteras antes de poner sus pies en un sendero señalado; debe abrasarse ó morir de sed antes que beber de un manantial señalado; debe quedar hambriento aunque el fruto de un árbol señalado se pudra en la tierra ante su vista. Un isleño del Mar del Sur diría que este terreno desocupado debe estar señalado. Y no andaría lejos de la verdad. Este terreno está desocupado porque está castigado por esa forma de señalamiento (1) que supersticiosamente veneramos bajo el nombre de «propiedad privada» y de «intereses apropiados».

La invisible barrera sin la cual se alzarían edificios y se agrandaría la ciudad, es el precio elevado del terreno, precio que aumenta más cuanto más se ve que necesita terreno una población. Así, cuanto más fuerte es el incentivo para el uso de la tierra, más alta es la barrera que se alza contra ese uso. Las casas se edifican entre terrenos desocupados, porque el precio que debe pagarse por el terreno es tan grande, que las personas que no cuentan con muchos medios deben economizar su terreno, viviendo una familia sobre otra.

(1) Propiamente la palabra inglesa *taboo* no se puede traducir al castellano. Hice lo que pude por interpretarla aproximada y literalmente. Entre ciertas tribus salvajes designa la acción de señalar en tal forma una propiedad ó un objeto que quede como inficionado, de manera que se prohíba el contacto de otro que no sea el dueño. Ahora recuerdo que en ciertas regiones de Francia se usa el provincialismo *tabon* para designar una cosa como maldecida ó contagiada.—(N. del T.)

Mientras en todas nuestras ciudades el valor del terreno, que aumenta no sólo con su desarrollo, sino con la perspectiva del desarrollo, consigue así ser obstáculo á la edificación y á la mejora pública: su efecto se manifiesta en el país de un modo algo distinto. En vez de amontonar indebidamente á las personas, las separa no menos indebidamente. La perspectiva de adelanto por el aumento del valor de la tierra induce, á los que arriendan nuevos terrenos, no á contentarse con lo que pueden emplear más provechosamente, sino á adquirir todo el terreno que puedan, aunque deban dejar vacío una gran parte de él; y se apoderan de grandes extensiones de tierra los que no piensan servirse de la más mínima parte, sino únicamente calcular cómo podrán sacar provecho de los otros que á su tiempo se verán obligados á usarla. Así se esparce la población, no sólo á riesgo de perder todas las comodidades, refinamientos, placeres y estímulos que nacen de la vecindad, sino con perjuicio de la fuerza productiva. El coste excesivo de construir y mantener caminos y ferrocarriles; las grandes distancias á que deben transportarse el producto y los géneros; las dificultades que la separación interpone á ese comercio entre hombres que es necesario aun para las formas más rudas de la producción moderna, todo lo retarda y debilita la producción. Del mismo modo que el valor elevado del terreno en la gran ciudad hace más difícil la edificación de casas, así el aumento en el valor del terreno labrantío hace difícil el adelanto. Cuanto más alto es el valor de la tierra, más capital requiere el colono si compra al contado; ó si compra á plazos, ó con intereses, debe entregar cada año la mayoría de sus ganancias. Con esto se desvía á hombres que mejorarían y cultivarían la tierra con ahinco si sirviese

para el uso; y de este modo andan extraviados por largas distancias y gastan sus recursos en buscar mejores ocasiones; engrosan las filas de los que buscan empleo como jornaleros; vuelven á las ciudades ó á los pueblos manufactureros para ganarse la vida, ó quedan ociosos, con frecuencia durante mucho tiempo, y á veces hasta que se desmoraliza por completo y se ponen inútiles. Así descende la producción en estas profesiones, que forman el fundamento de todas las demás. Este descenso de la producción de algunas formas de riqueza disminuye la demanda de otras formas, y así se propaga el efecto de una rama de la industria á otra, dando origen á los fenómenos de que se habla como exceso de producción, pero que se deben primariamente á su descenso.

Y como el valor de la tierra tiende á aumentar, no sólo con el desarrollo de la población y de la riqueza, sino con la perspectiva de ese desarrollo, fomentando así, al promover el movimiento ascensional, el poderoso é ilusivo sentimiento de esperanza, hay una tendencia constante, especialmente vigorosa en los países que progresan rápidamente, á elevar el precio de la tierra más de lo que el trabajo y el capital pueden comprometer fructuosamente en la producción, y el único freno de ésta es la negativa del trabajo y el capital á comprometerse así. Esta tendencia arraiga particularmente en los períodos de retroceso, cuando la fiebre de la especulación sube y conduce, por fin, á un correspondiente descenso de producción que, propagándose (por la demanda) á través de todas las ramas de la industria, es la causa principal de esos paroxismos, conocidos con el nombre de depresiones industriales ó comerciales, y que están caracterizadas por el derroche del capital, el paro del trabajo, la abun-

dancia de géneros que no pueden venderse sin pérdida, y la propagación de la miseria y del sufrimiento. Es cierto que otras restricciones sobre el libre desenvolvimiento de las fuerzas productoras pueden promover, intensificar y continuar estas dislocaciones del sistema industrial; pero no cabe duda, á mi juicio, de que hay una causa primera y principal.

Y quizá sea esto aún más claro: que de cualquier causa de que pueda proceder originariamente el desarreglo de las relaciones industriales y comerciales, estas depresiones periódicas en que la demanda y el surtido parecen incapaces de colmarse y de satisfacerse mutuamente, no se harían persistentes y extensas si las fuerzas productoras tuviesen libre acceso á la tierra. No se llevaría á cabo nada que se pareciese á la general y prolongada acumulación del capital y del trabajo, si se abriese este respiradero natural. Los síntomas momentáneos del relativo exceso de producción se manifestarían en cualquier rama accesoria de la industria, y serían reparados por el capital y el trabajo, fijándose en estas ocupaciones que extraen la riqueza del suelo.

Así podemos ver que estas desgracias públicas, que llamamos «estancamiento de los negocios» y «tiempos difíciles»; estas desgracias públicas, que en los períodos de prosperidad causan más pérdida y sufrimiento que las grandes guerras, derivan, en realidad, de nuestra ignorancia y desprecio de los derechos humanos, de nuestro desdén hacia el derecho igual é inalienable que poseen todos los hombres de servirse libremente de la naturaleza, para la satisfacción de sus necesidades, y de reservarse, para sus fines particulares, el producto íntegro de su trabajo.

CAPITULO XIII

TRABAJO SIN APLICACIÓN

Ya hemos visto que el desprecio de los derechos humanos es el elemento esencial en la creación de las grandes fortunas cuyo desarrollo es un signo tan marcado de nuestro progreso. Y podemos ver con la misma evidencia que de idéntica causa derivan la pobreza y el pauperismo. El mendigo es el complemento del millonario.

Considerar este terrible fenómeno: el mendigo, más amenazador para la república que los ejércitos enemigos ó las escuadras enviadas para la destrucción. ¿Qué es el mendigo? Al principio, es un hombre capaz de trabajar y que quiere trabajar para la satisfacción de sus necesidades; pero que, no encontrando ocasión de trabajar donde está, marcha en busca de ella; que, fracasando en esta pesquisa, se ve obligado en la etapa posterior, por imperiosas necesidades, á pedir ó á robar, y así, perdiéndose el respeto á sí mismo, pierde todo lo que anima, eleva y estimula á un hombre á la lucha y al trabajo; se convierte en un vagabundo y en un desterrado, en un paria perjudicial, vengándose en la sociedad de la injusticia que él comprende, clara, pero vagamente, que le ha hecho esa sociedad.

Sin embargo, el mendigo, conocido como es ahora desde el Atlántico al Pacífico, es sólo una parte del fenómeno. Detrás de él, aunque no le estorbe, á no ser en lo que llamamos «tiempos difíciles», hay, aun en lo que ahora consideramos como tiempos normales, una gran masa de trabajo sin aplicación que no puede, no quiere ó no se ve obligada á mendigar, pero que tiene con la mendicidad la misma relación que la parte sumergida de un banco de hielo con la parte mucho más pequeña que muestra sobre la superficie.

La dificultad de que tantos hombres que trabajarían de buena gana para satisfacer sus necesidades encuentran en conseguir una ocasión de hacerlo así, es tan común que no sorprende, ni provoca ningún análisis, á no ser cuando se intensifica particularmente. Están tan acostumbrados á eso, que aunque todos sabemos que el trabajo es en sí mismo desagradable, y que nunca hubo ser humano que quisiese trabajar por gusto de trabajar, hemos adquirido el hábito de pensar y hablar como si el trabajo fuese en sí mismo un bien. Tan profundamente está arraigada esta idea en el espíritu común, que mantenemos una política basada en la noción de que, cuanto más trabajamos para las naciones extranjeras y menos las permitimos trabajar para nosotros, mejor estaremos; y en público y en privado oímos á los hombres vanagloriarse y á las empresas abogar porque «proporcionen empleo»; mientras que hay muchos que, con más ó menos claridad, sostienen la idea de que las invenciones del ahorro del trabajo han obrado imperiosamente disminuyendo la suma de trabajo que ha de hacerse. Indudablemente, el trabajo no es un fin, sino un medio; indudablemente, no puede haber escasez real de trabajo, que no es más que el medio de satisfacer las necesidades materiales,

hasta que se satisfacen todas las necesidades humanas. ¿Cómo entonces explicaremos los hechos manifiestos que guían á los hombres á pensar y hablar como si el trabajo fuese en sí mismo deseable? Cuando consideramos que el trabajo es el producto de toda la riqueza, el creador de todos los valores, ¿no es extraño que el trabajo experimentase dificultad en encontrar empleo? El cambio por comodidades de todo lo que da valor á todas las comodidades debe ser el más cierto y fácil de los cambios. Uno que desee cambiar el trabajo por alimento ó trajes, ó cualquiera de las múltiples cosas que el trabajo produce, es como uno que deseara cambiar polvo de oro por moneda, algodón por trajes ó trigo por harina. Más aún, apenas es esto un paralelo; porque como las condiciones en que el cambio del trabajo por comodidades se efectúa, son usualmente que el trabajo sea remunerado, el hombre que ofrece trabajo en cambio propónese producir y devolver el valor antes que se lo devuelvan.

Siendo este el caso, ¿por qué no es la competencia de los amos para obtener trabajadores tan grande como la competencia de los obreros para encontrar empleo? ¿Por qué no consideramos como la parte obligada al hombre que trabaja más bien que al hombre que, como decimos, proporciona trabajo? Así sería necesariamente si, al decir que el trabajo es el productor de la riqueza, afirmásemos toda la verdad de la cuestión. Pero el trabajo es sólo el productor de la riqueza en el sentido de ser el factor activo de producción. Por la producción de la riqueza, el trabajo debía tener acceso á la sustancia preexistente y á las fuerzas naturales. El hombre no tiene facultad para sacar algo de la nada. No puede crear un átomo de materia ó iniciar el más ligero movimiento. Por vas-

tas, que sean las facultades de modificar la materia y utilizar la fuerza, son únicamente facultades de adaptar, cambiar, combinar lo que anteriormente existe. La sustancia de la mano con que escribo estas líneas, como la del papel en que escribo, ha formado anteriormente la sustancia de otros hombres y otros animales, de plantas, suelos, rocas, atmósferas, probablemente de otros mundos y otros sistemas. Y así de la fuerza que impele mi pluma. Todo lo que sabemos de ésta es que ha obrado y reaccionado á través de lo que nos parecen eternos círculos, y que llegan á este planeta desde el sol. La destrucción de la materia y movimiento, así como su creación, son para nosotros inconcebibles.

En el ser humano, de una manera misteriosa que ni las investigaciones de los fisiólogos, ni las especulaciones de los filósofos, nos ponen en condiciones de comprender, la inteligencia consciente domina, por un tiempo limitado y en un grado limitado, la materia y el movimiento contenidos en la organización humana. La facultad de contraer y expansionar los músculos humanos es la fuerza inicial con que el espíritu humano obra sobre el mundo material. Por el uso de esta facultad se utilizan otras facultades, y las formas y relaciones de materia cambian de acuerdo con el deseo humano. Pero por grande que sea la facultad de aprovecharse la naturaleza exterior que así obtiene la inteligencia humana—y cuán grande sea ésta sólo ahora comenzamos á comprenderlo—sólo es, al fin y al cabo, la facultad de aprovecharse de lo que previamente existe. Sin acceso á la naturaleza externa, sin la facultad de valerse de su sustancia y de sus fuerzas, el hombre es no sólo impotente para producir nada, sino que cesa de existir en el mundo

material. El mismo, en cuerpo físico al menos, no es más que una forma variable de materia, un modo pasajero de movimiento, que debe continuamente sacarse de las reservas de la naturaleza exterior.

Sin ninguno de los tres elementos, tierra, aire y agua, el hombre no existiría, pero es particularmente un animal de la tierra, que vive sobre su superficie y saca de ella su alimento. Aunque es capaz de navegar por el Océano y algún día acaso sea capaz de navegar por el aire, sólo puede hacerlo aprovechándose de los materiales sacados de la tierra. La tierra es para él el gran almacén de materiales y reserva de fuerzas adonde debe acudir para satisfacer sus necesidades. Y como la riqueza consta de materiales y productos de la naturaleza que han sido conseguidos ó modificados por el esfuerzo humano para acomodarlos á la satisfacción de los deseos humanos (1), el trabajo es el factor activo en la producción de la riqueza, pero la tierra es el factor pasivo, sin lo cual el trabajo ni puede producir ni existir. Todo esto es tan evidente, que parece gastar tiempo el afirmarlo. Sin embargo, en este hecho evidente late la explicación de ese enigma que á muchos parece un embrollo desesperado; la cuestión del trabajo. Lo que es inexplicable si perdemos de vista la absoluta y constante dependencia de la tierra, es clarísimo cuando reconocemos esto.

Supongamos, si podemos, la sociedad humana en un mundo tan aproximado como sea posible al nues-

(1) Por grande que sea su utilidad, nada puede contarse como riqueza, á menos que exija trabajo para su producción; ni por mucho trabajo que se haya adquirido para su producción, puede conservar algo el carácter de riqueza más de lo que puede satisfacer el deseo.

tro, pero con una diferencia esencial. Supongamos que este mundo imaginario y sus habitantes están de tal manera conformados que los hombres puedan sostenerse en el aire y del material del aire pueden producir con su trabajo lo que necesitan para la nutrición y el uso. No quiero decir que suponga un estado de cosas en el que los hombres flotasen como pájaros en el aire ó los peces en los mares, satisfaciendo las primeras necesidades de la vida animal de lo que recogiesen. Únicamente trato de suponer un estado de cosas en que los hombres fuesen aliviados de la absoluta dependencia de la tierra por un punto fijo que fuese como un almacén de material y fuerzas. Supongamos que el trabajo es tan necesario como entre nosotros, que los deseos humanos son tan ilimitados como entre nosotros, que la fuerza acumuladora del trabajo da al capital tanto provecho como entre nosotros; siendo la única diferencia (pues no se ha concebido la idea de reclamar el aire como propiedad privada) que ninguna criatura humana se vería obligada á entrar en tratos con otra para adquirir un domicilio, y obtener acceso á los materiales y fuerzas sin los cuales no puede vivir. En este estado de cosas, por minuciosa que se hubiera hecho la división del trabajo, por grande que hubiese sido la acumulación del capital, ó por muy lejos que se hubieran llevado las invenciones para la economía del trabajo, nunca habría nada que pareciese exceso del surtido de trabajo sobre la demanda; nunca habría ninguna dificultad en encontrar empleo, y no se presenciaria nunca el espectáculo de hombres de buena voluntad que tienen en sus nervios y músculos la facultad de satisfacer sus propias necesidades y las de sus familias y se ven obligados, con todo, á pedir trabajo ó limosna. Estando

al alcance de cualquiera que fuese apto para el trabajo aplicar directamente este trabajo á la satisfacción de sus necesidades sin pedir permiso á ningún otro, nunca se daría lugar á esa competencia homicida en que se ven comprometidos mutuamente los hombres que deben encontrar empleo ó morir de hambre.

Habría variaciones en la demanda de comodidades ó servicios particulares que producirían variaciones en la demanda de trabajo en distintos oficios, y sería causa de que los sueldos aumentasen algo ó disminuyesen hasta quedar por debajo del nivel común en estos oficios; pero la posibilidad de que el trabajo se aplicase, la libertad de expansión indefinida en los empleos primordiales permitirían al trabajo acomodarse á estas variaciones, no sólo sin pérdida ni sufrimiento, sino tan fácilmente, que apenas se notarían. Porque los oficios se confunden uno en otro en grados imperceptibles, por minuciosa que sea la división del trabajo—ó, más bien, cuanto más minuciosa sea la división del trabajo, más insensible es la gradación—de suerte que hay en cada oficio bastantes que puedan pasar fácilmente á otros oficios, para permitir con toda prontitud las contracciones y expansiones que ocurriesen en un estado de libertad. La posibilidad de expansión indefinida en los oficios primordiales, la posibilidad de que cada uno gane la vida recurriendo á ellos, producirían la elasticidad á través de todo el sistema industrial.

En esas condiciones, el capital no oprimiría al trabajo. Actualmente, en cualquier disputa entre el capital y el trabajo, el capital disfruta la enorme ventaja de poder aguardar mejor. El capital gasta cuando no está empleado; pero el trabajo muere de hambre.

Sin embargo, donde el trabajo pudiera emplearse, la desventaja en cualquier conflicto estaría de parte del capital, mientras que el sobrante de trabajo sin aplicación, que habilita al capital para hacer tan ventajosos ajustes con el trabajo, no existiría. El hombre que necesitase proporcionarse otros hombres que trabajasen para él, no encontraría hombres que buscasen empleo con ahínco, sino que, encontrando todo el trabajo empleado ya, tendría que ofrecer grandes sueldos para tentarles á que tomasen su empleo. La competencia sería la de los amos para conseguir trabajadores, más bien que la de los trabajadores para conseguir empleo, y así, las ventajas que da la acumulación del capital en la producción de la riqueza, pasarían (á no ser lo bastante para asegurar la acumulación y empleo del capital), en definitiva, al trabajo. En este estado de cosas, en vez de pensar que el hombre que empleaba á otro le hacía un favor, más bien consideraríamos al hombre que va al trabajo por otro como la parte obligada.

Suponer que en estas condiciones habría la desigualdad en la distribución de las riquezas que ahora vemos, exigiría una presunción más violenta que la que hacemos suponiendo que el aire, en vez de la tierra, es el elemento de donde deriva principalmente la riqueza. Pero suponiendo que las desigualdades existentes se trasladasen á ese estado, es evidente que las grandes fortunas ganarían poco con eso y no continuarían más que por breve tiempo. Donde hay siempre trabajo que busca empleo á toda costa; donde la gran masa de los hombres sólo gana para vivir pobremente; donde la pérdida del empleo significa la angustia y la privación, y hasta la miseria y la muerte, estas grandes fortunas tienen un poder monstruoso.

Pero en un estado de cosas donde no hubiese trabajo sin aplicación; donde cada uno ganase la vida para sí mismo y para su familia sin miedos ni favores, ¿qué ganarían cien ó quinientos millones con que se pusiese á su poseedor en situación de hacer extorsiones ó tiranizar?

La piedra de molino más gruesa no puede moler sola. Para que pueda hacerlo así, se necesita también la piedra más menuda. Mayor suma de fuerza no romperá una cáscara de huevo si se aplica sólo por un lado. Así, el capital no oprimiría al trabajo mientras el trabajo estuviese libre para sus aplicaciones naturales; en un mundo donde estos materiales naturales y estas aplicaciones fuesen tan accesibles á todos como el aire lo es para nosotros, no habría dificultad en encontrar empleo; las manos ansiosas de trabajo no se juntarían sobre los estómagos hambrientos; no tendrían los salarios tendencia á descender hasta el minimum con que el trabajador puede vivir pobremente. En ese mundo no pensaríamos en dar gracias á nadie por proporcionarnos empleo, como no pensamos ahora en dar gracias á nadie por proporcionarnos aire.

Que el Creador nos pudiera haber puesto en esa clase de mundo que he tratado de imaginar, tan fácilmente como en éste, no lo dudo. Por qué no lo ha hecho así, creo que puede comprenderse. Esa clase de mundo sería mejor para idiotas. Este es el mejor para hombres que han de emplear la inteligencia de que han sido dotados. De esto, sin embargo, hablaré más adelante. Lo que ahora trato de hacer al suplicar á mis lectores que se esfuercen por imaginar un mundo en el que las comodidades naturales fuesen tan «libres como el aire», es demostrar que la barrera que impide al trabajo emplear libremente la tierra, es la piedra

pequeña del molino contra la cual muele el trabajo: la verdadera causa de las dificultades notorias en toda la organización industrial.

Pero puedo decirse, como muchas veces he oído decir: «¡No necesitamos todos la tierra! ¡No podemos ser todos labradores!» A esto replico que todos *necesitamos* la tierra, aunque sea de distintas maneras y en varios grados. Sin tierra ningún ser humano puede vivir; sin tierra no puede emprenderse ninguna ocupación humana. La agricultura no es el único uso de la tierra; es sólo uno de los muchos. Y así como el piso superior de la casa más alta está basada sobre la tierra tan verdaderamente como el más bajo, así el operario emplea la tierra lo mismo que el rentero. Como toda riqueza es, en último análisis, la resultante de la tierra y del trabajo, así es toda producción, en último análisis, el gasto del trabajo sobre la tierra.

Ni es cierto que no todos podríamos ser agricultores. Esa *es* la única cosa que podríamos ser todos. Si todos los hombres fuesen comerciantes, sastres ó mecánicos, todos morirían muy pronto de hambre. Pero ha habido, y todavía existen, sociedades en que todos ganan la vida con el trabajo de la tierra. Los oficios que se refieren directamente al cultivo de la tierra, son los oficios primitivos, de que se van diferenciando todos los demás á medida que la sociedad progresa. Por compleja que sea la organización industrial, estos oficios deben seguir siendo como los oficios fundamentales sobre los cuales se basan todos los demás, como los pisos altos de una casa descansan sobre los cimientos. Ahora, como siempre, «el labrador lo comió todo». Y necesariamente, la situación del trabajo en estos primeros y amplios oficios, determina la situación general del trabajo, como el nivel del Océano determina

el nivel de todos sus golfos y mares. Donde hay una gran demanda de trabajo agrícola, y donde los salarios son buenos, debe haber muy pronto una gran demanda de trabajo y deben subirse los salarios de todos los oficios. Donde hay dificultad para conseguir empleo y los salarios son pequeños, debe haber pronto una dificultad de encontrar empleo y los salarios han de ser reducidos en todos los oficios. Ahora bien; lo que determina la demanda de trabajo y la tasa de salarios en agricultura, es indudablemente la posibilidad de aplicación del trabajo; es decir, la facilidad con que la tierra puede obtenerse. Esta es la razón de que en los países nuevos, donde se obtiene fácilmente la tierra, los salarios, no sólo en agricultura, sino en todos los oficios, son más elevados que en los países viejos, donde cuesta trabajo adquirir la tierra. Y así ocurre que, cuando el valor de la tierra aumenta, los salarios disminuyen y nace la dificultad de encontrar empleo.

Cualquiera verá esto sólo con mirar á su alrededor. Indudablemente, la dificultad de encontrar empleo, el hecho de que en todas las profesiones el surtido del trabajo parece exceder á la demanda, deriva de las dificultades que impiden al trabajo encontrar aplicación; de las barreras que estorban al trabajo el paso á la tierra. Si hay un sobrante de trabajo en cualquier oficio, eso proviene de la dificultad de encontrar empleo en otros oficios, en los cuales se agotaría inmediatamente el sobrante. Cuando hubiese una gran demanda de dependientes, á ningún tenedor de libros le faltaría empleo. Y así sucesivamente, hasta los empleos fundamentales que extraen directamente de la riqueza de la tierra, en los cuales un indicio de oportunidades para la aplicación del trabajo agotaría

todo sobrante en los oficios derivados. No es que todos los mecánicos, los operarios ó los dependientes hubiesen de poseer una finca; sino que de todos los varios oficios acudirían á la tierra bastantes trabajadores para aliviar cualquier presión producida por la falta de empleo.

CAPITULO XIV

LOS EFECTOS DE LA MAQUINARIA

Fácilmente veremos, si señalamos el efecto de las invenciones para la economía del trabajo, cómo la ignorancia, la negligencia ó el desprecio de los derechos humanos pueden convertir los beneficios públicos en públicas desgracias.

No es en absoluto por una ciega aversión á las innovaciones por lo que los chinos, hasta los más talentados é inteligentes, se oponen á que se introduzca en su densa población la maquinaria que para la economía del trabajo ha creado la civilización occidental. Reconocen la superioridad que en muchas cosas nos ha dado la invención, pero á su juicio, esta superioridad debe pagarse muy cara en definitiva. El espíritu oriental respeta, en realidad, los grandes poderes adquiridos por la civilización occidental, de la manera que el espíritu medioeval europeo respetaba las facultades que creía se adquirían con la magia negra, pero que finalmente debe pagar el que se sirve de ellas con la destrucción del cuerpo y la condenación del alma. Y hay en los actuales aspectos y tendencias de nuestra civilización mucho que puede confirmar á los chinos en esta opinión.

Es evidente que las invenciones y descubrimientos